



Seix Barral

---

# Guillermo Saccomanno

---

## Mirlo

---

Cuadernos de la amistad

---





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Guillermo Saccomanno**

**Mirlo**

Cuadernos de la amistad

*Tengo sueño, he amado, he ganado el silencio*, escribía el poeta salvadoreño Roque Dalton, guerrillero, ejecutado por sus propios compañeros del Ejército Revolucionario del Pueblo. *No pronuncies mi nombre, / no pronuncies mi nombre/, cuando sepas que he muerto / no pronuncies mi nombre*. Dalton había sido amigo de Juan Gelman y en París le regaló un libro al Francés. Gelman y el Francés se encontraban en París después de haber roto con la organización Montoneros al oponerse a la contraofensiva del '78. El ejemplar estaba dedicado a Gelman por Dalton. En los 90, en Villa Gesell, una tarde lluviosa de agosto, el Francés sacó el libro de la biblioteca y me lo pasó. En una época me sabía algunos poemas de memoria, dijo. El Francés debió de haber intuido que no se lo iba a devolver. Los buenos libros, me dijo, van y vienen, encuentran su lector y siguen su camino.

---

El Francés hablaba desde la experiencia. Y no le hacía falta aclararlo. Se le notaba que había tenido otras vidas. Era dueño de un hotel a dos cuadras del mar que, como todos en la Villa, explotaba en temporada y en el resto del año, lo que va después de Semana Santa y hasta diciembre, a pesar de que permanecía abierto, estaba vacío con excepción de algunos viajeros. Así como era desapegado con ese libro de Dalton, el Francés lo era en cuestiones cotidianas. En un depósito del hotel guardaba una serie de cajas de cartón. Cuando algo perdía su interés, fuera una carta o un cacharro familiar, lo guardaba en una caja. Pasado el tiempo, cuando la humedad percutía, si no había necesitado eso que había guardado, ni abría la caja para curiosear su contenido, la tiraba. Ya bastante guarda la memoria, decía. Me preguntaba si ese desprendimiento no se explicaba por la transitoriedad que imprimen las habitaciones de un hotel. O tal vez, más probable, se debía a una conciencia de la transitoriedad de todo forjada en el destierro, ahora autoimpuesto. Pero su actividad de hotelero no era la única. También era arquitecto y había construido cantidad de casas y edificios en la Villa. Y no solo aquí, también antes en Francia, en Montbeliard, en su época de exilio, donde se había refugiado con la familia. Después de la dictadura habían retornado al país. Y se había separado.

Nos conocimos una noche de año nuevo, acodados en la barra del Tejas Rojas, ese hotel de playa de los cincuenta. Después de la sirena de las doce, estallaron los petardos y los fuegos artificiales. Los brindis, los abrazos, los gritos, la alegría convertida en una euforia desaforada. La

---

fiesta transcurría ahora con música tropical, una orquesta de cubanos con una morena opulenta que imitaba a Celia Cruz. Los huéspedes bailaban con los ojos inyectados por el alcohol. El vaivén torpe y frenético de las caderas, los cuerpos sudados, los perfumes densos, las camisas pegadas, los escotes abiertos. Entre las parejas corrían los chicos, tropezaban con los bailantes, gritaban contagiados por el ánimo caldeado. En esos primeros minutos del año el futuro, que en unas horas sería resaca, prometía ser más venturoso. Los trabajos serían mejores, los negocios más prósperos, las relaciones familiares más armónicas y los amantes más apasionados. Por fin el pasado había quedado unos minutos atrás. El año nuevo, a diferencia de los anteriores, no iba a decepcionar. Y la prueba era esa turista veterana de formas más ampulosas que sensuales que se meneaba con su entalladísimo vestido floreado, que movía el culo ante la barra donde nos encontrábamos acodados, dos solitarios, testigos, observadores antropológicos. Desde nuestras copas de champagne la mirábamos irónicos. La mujer, agitada, pareció perder el equilibrio, pero se apoyó en la barra, sudada, el maquillaje corrido, nos guiñó un ojo, se acomodó las tetas y repuesta volvió a la performance latina con otro guiño. Girando sobre sí misma se confundió en la marea humana y el desborde del chachachá. Mientras el culo se extraviaba entre los bailarines en un pico de efervescencia uno de los dos, no me acuerdo cuál, dijo: Botero. Creo que fue él quien lo dijo. El Francés levantó su copa, brindamos: Por Botero. dije. Botero fue una contraseña.

---

Me llevaba unos diez años y unas cuantas canas en esa época que yo tenía poco más de cuarenta. Desde pibe, desde mi infancia en Mataderos, el acercarme a la muchachada de la esquina, siempre había preferido juntarme con los mayores. Este tipo que me superaba en edad y en corpulencia, me caía interesante. Canoso, lentes livianos, sin armazón, camisa blanca, pantalón oscuro, mocasines náuticos, de modales pausados, callado, con una semi-sonrisa, pensativo ante el espectáculo tumultuoso parecía conjugar indolencia con una sabiduría lacónica. Podía hablar con la misma convicción de los arcanos, los mitos, el marxismo, la sexualidad, lo sacro y lo profano pero nunca lo hacía con tono sabihondo. En este caso le había bastado nombrar un pintor, sin hacer gala de culto, como conversando consigo mismo. Su modestia no era impostada.

No me acuerdo de qué conversamos esa noche. Seguro, considerando la estridencia salsera que dominaba el salón, debe de haber comparado este tropicalismo histriónico con alguna anécdota suya en Cuba. Desde entonces, a través de amigos comunes, empezamos a encontrarnos en reuniones. Cada tanto yo pasaba por su hotel a tomar un café. La amistad se fue dando, en especial, durante los inviernos largos y bajo cero. Sin darme cuenta, había encontrado un hermano mayor.

Tanto en el amor como en la amistad, como en el comienzo de un libro, en las primeras frases está contenida no solo la primera impresión, el darse cuenta si vale la pena huir o, en cambio, decidirse a atravesar las grandes aguas, ahondar en esa relación porque lo que nos piden

---

el amor y la amistad, por cierto, también lo exige el libro. Por lo general, una vez que estamos dentro nos olvidamos del principio, a menos que una crisis nos obligue a una retrospectiva, explicarnos cómo empezó todo o, mejor dicho, qué había en esas primeras conversaciones, qué vaticinaban, y cautivados por la seducción del discurso, preferimos dejar de lado todo reparo y continuar. Ya veremos más tarde qué decir. A veces, y esto suele suceder en las relaciones amorosas —incluyo en esta categoría el libro—, la postergación de la reflexión, el más tarde, y si no hemos saltado ya al abismo o estamos a punto de hacerlo, con seguridad, es mejor que saltemos hacia la incógnita, averiguar, mientras nos deslizamos en el relato.

Nadie que hubiera reparado en esos dos tipos en la barra en la noche de Año Nuevo en el Tejas Rojas, esos dos que parecían hermanos, uno el mayor, el canoso, alto y corpulento, y el otro, el menor, un poco más bajo, rubio, pelo cortado a lo marine, esos dos ahí, que observaban la concurrencia encendida por una alegría parecida a la desesperación, nadie habría calculado que ahora, en estas primeras aproximaciones del relato, se encontraban de lo más entretenidos clasificando los personajes alrededor según la perspectiva de diferentes artistas, se trataría de un figurón de Daumier o de una flaca cogotuda que daba Lautrec. No faltaban en el desfile y el correspondiente etiquetamiento la adolescente Schiele ni el guardavidas Buonarroti en camiseta. No nos sentíamos excelsos en ese juego calificador que configuraba una taxonomía. En todo caso dejábamos que asomara, cautelosa, reservada,

---

una piedad por la especie que nos involucraba. Simplemente cada uno tenía motivos sobrados para considerar la existencia desde su real brevedad: pérdidas, ausencias. En el fondo, envidiábamos ese contento de los otros, su dicha ilusoria bailando el chachachá. No era que aquellos, los otros, que se embriagaban hasta embotar los sentidos no pudieran ser conscientes de la desgracia, pero en esa celebración que sentíamos pagana, la fiesta se esmeraba en tapiar el mínimo atisbo de melancolía. Negación de la propia angustia, lo nuestro, se diría, ese año que se iba había sido aprobada la ley de obediencia debida y punto final. Las torturas y los crímenes cometidos durante la última dictadura quedaban impunes.